

Reediciones de José Luis Sampedro*

«Todos somos novelables, pero no todos somos novelistas», decía recientemente José Luis Sampedro en una charla-coloquio que trató de su trabajo novelístico.

Curiosidad e imaginación son los puntos de partida: ver e inventar son facetas que se complementan. Una de las dos no es suficiente. Goya lo sintetizó bien en aquella escueta frase: «Yo lo vi».

El novelista es un bicho de cuidado —dice Sampedro—: «voyeur, masoquista, sádico y exhibicionista».

Su novela es autobiografía inventada: «ver inventando, inventar viviendo es muy importante. El novelista es —concreta— albañil de sueños, colocando ladrillo por ladrillo».

Conectar con la realidad, observarla de cerca, es para él un paso imprescindible, y lo consigue utilizando trucos, como el de «la sordera», que explica así: «He ido mucho a cafeterías para escuchar lo que hablaban las señoras que allí se reunían. Me sentaba en la mesa más próxima y dejaba mi audífono sobre la mesa. Esta ha sido una manera de documentarme fielmente.» Un segundo truco ha sido el «hacerme dibujante»: «Me insertaba —dice— en el ambiente con mi material de dibujo para ver cómo cambia el público de la calle en varias horas.» El tercer truco consiste en «aislarme»: «En las reuniones de la ONU —señala— a veces ponía la traducción simultánea al chino, idioma que desconozco por completo, y me servía como música abstracta que me facilitaba la observación de mi entorno.»

Sampedro recomienda la pasividad: la doctrina Zen aplicada a uno mismo. Asumir todo lo que pasa a través de uno y hacerlo carne propia. «Esto es —dice— amar la vida. Además, a mí la función me divierte; este gran teatro del mundo.» Y habla de «hacerse esponja».

Una vaca, un ave corbalán

El novelista también dice José Luis Sampedro que es una vaca: «Yo me siento vaca, sí: parada, con los ojos quietos y rumiando. Y en sus ojos se refleja todo lo que pasa (coches, tractores, árboles). Todo lo rumia, y luego, da leche. Eso es un novelista: eso soy yo. Es cierto que se podrían buscar otras comparaciones, pero a mí ésta me va. También podría ser, por ejemplo, un ave corbalán, que vuela y lo observa todo, y su defecación es guano, es dinero.»

Según Sampedro, el motivo de escribir una novela es que no queda más remedio: «como un tumor, acumulas cosas y, las escribes, o te da algo». «Yo soy un ser humano —añade— en busca de expresión. Necesito expresar esto o lo otro. Es una manera de vivir. Los que escribimos somos como niños, pues lo hacemos para que los demás sepan que soy capaz de hacer tal y cual, y que nos quieran por eso que hacemos. Es una forma muy infantil de querer, buscando que nos den. El amor adulto es un dar y un recibir recíproco, sin merecimientos, sino porque sí.»

* JOSÉ LUIS SAMPEDRO: *El río que nos lleva y Congreso en Estocolmo*. Ediciones Alfaguara, S. A., Madrid, 1982 y 1983.

Que tenemos que aprender a vivir es uno de los mensajes clave de José Luis Sampedro: «Lo primero es vivir —dice—, no pasar la vida, sino hacérsela. No ser vivido por el tiempo». «Novelar —añade parafraseando a San Juan de la Cruz— es entrar más adentro en la espesura.»

Los seres humanos en búsqueda de sí mismos son lo que más le interesa, por eso en absoluto es partidario de copiar estilos. «Mi estilo viene dado —dice— por lo que quiero contar y si sale con barba, San Andrés y si no la Puri.»

Y así le han ido saliendo a José Luis Sampedro tres tipos de novela, que él califica: novela-situación; novela-río y novela-mundo. La primera es la combinación de personajes en un momento dado, como encontramos en «Congreso en Estocolmo»; la segunda es más temporal, es el paso del tiempo y las estaciones, tal y como muestra «El río que nos lleva». En la tercera, combina o trata de combinar escenarios diversos. Es el caso de «Octubre, octubre», que en un principio quiso ser la situación de dos personajes y su historia de amor. Más tarde, añadió un entorno que fue el Cuartel de Palacio y también el mundo de la reencarnación, después de estudiar a fondo el Harén de Solimán el Grande.

«En mi novela —dice Sampedro— hay muchos espejos y muchas máscaras que a mí me fascinan. Los espejos paralelos, sobre todo, me entusiasman.»

Los gancheros del Tajo

«Las migas eran la comida casi diaria del ganchero, con su regusto al fuerte aceite ibérico. Más adelante, con mejor tempero, se añadían ensaladejas, habas o espárragos de ribazo; pero en marzo y por la sierra, nada. La gente hablaba poco, atenta a la comida como perros a un hueso. Eran en total, incluido el Americano, diez hombres y el Lucas; mientras que Paula comía aparte, con el jorobado y el rancherillo.»

«El río que nos lleva» es la historia de los gancheros del Tajo, que su autor contó por primera vez en la década de los sesenta, y veinte años después ha sido reeditada con la supresión del último capítulo, por considerarse que «ahora resulta innecesario».

José Luis Sampedro, catalán de nacimiento, descubrió un buen día el río Tajo, a la altura de Aranjuez, entarimado por miles de troncos. «Unos hombres extraños —cuenta—, empuñando largas varas con un hierro de lanza en punta, se afanaban sobre aquel sendero flotante y pastoreaban el pinar hacia su destino.» Aquella escena, no sólo no la olvidó, sino que la enriqueció hasta revivirla en su novela: «Se enamoró de los barrancos donde el río encrespa sus espumas y donde altos álamos pujan hacia las nubes; aprendió de las gentes no contaminadas por la palabra vana. Y contó la historia.»

El alto Tajo es un río bravo que se ha labrado a la fuerza un desfiladero en la roca viva de la alta meseta. «Los pueblos le huyen —escribe Sampedro—, asustados por las bajadas al barranco y temerosos de las riadas. Apenas los pastores y los trajinantes se le acercan por necesidad. Sólo los gancheros se atreven a convivir con él, y aún así parece encabritarse para sacudirse los palos de sus lomos y enfutecerse más aún contra los pastores del bosque flotante.»

Los gancheros y la madera que trabajan, son el material de que se vale el autor,

para contarnos de las temporadas del año vividas a pelo, de las costumbres del pueblo llano, de sus pensares y sentires. Pueblo al que admira, idealiza y valora: «...¿cuál sería entonces el porvenir de la Historia? —se pregunta uno de sus personajes—. Porque en los de arriba no está hoy. ¿Qué nos depara la providencia...? Yo creo, sin embargo, que el pueblo es más verdadero».

Y otro personaje responde: «Seguramente. La piedra es siempre más verdadera que el papel.»

El hombre, valor máximo

La esperanza, la desesperanza, para de nuevo volver a la esperanza, es un serio y profundo juego que aparece en todos los trabajos literarios de José Luis Sampedro. «En lenta contemplación —escribe—, Shannon fue pasando de la incredulidad y del asombro a la confianza. Aquel milagro, ¿no era en realidad cotidiano, como lo son las semillas enterradas a la muerte de cada año para la resurrección del siguiente? ¿No se reducía entonces la desesperanza a una pura ceguera del hombre, que le priva de verse inserto en la continuidad de la creación.»

«En este mundo —escribe en otro momento—, el blanco que antes no fue rojo es una farsa. Sobre todo si le faltaron agallas para serlo... Yo ahora empiezo a ser de sangre. Por eso tengo esperanza.» Y algunas líneas más abajo: «Esa es la dignidad: el peso de la vida aceptado sin resignación, pero sin desesperanza... Vosotros me lo habéis enseñado. Tú, tus hombres. Siempre a pie firme en vuestro sitio...»

La esperanza se centra en el hombre mismo: «¡En el hombre, en el hombre! —escribe—. En su dignidad, nacida de su autenticidad, afirmada en su libertad. ¿Fallan estos sistemas? ¡Pues a volver a la fuente, al hombre como materia prima, como ladrillo de la historia! Sin encadenarlo antes a lo que parece válido sólo porque lo fue; sin preconcepciones sobrepuestas. ¡Que avance el hombre según sus adentros! ¡Ya llegará!»

Otro de los grandes valores que Sampedro destaca es la madurez de la persona, que no se consigue solamente con el correr de los años, sino que se trata de algo más. Aquello que le hizo exclamar angustiado a Albert Camus: «Los hombres envejecen pero no se hacen mejores». Se trataba, precisamente, de la no madurez.

«Sonreía —escribe Sampedro—, seguro de sí mismo. No era orgullo, sin embargo, no era una presunción fiada en sus cualidades individuales. Era una fe más alta en el orden supremo de las cosas y el mundo; el que hace triunfar a la experiencia sobre la juventud, el que da a la sabiduría de los años el arte de saber gustar los frutos logrados, mientras que los jóvenes sólo saben deshacer esos frutos entre sus dedos antes de llevárselos a la boca, quitándoles toda su gracia. Era ese orden superior el que lo había dispuesto todo; el que le permitía no apresurarse, ir saboreando anticipadamente las cosas por el camino, bajo las estrellas impávidas.»

El «todo fluye», que decía el filósofo Heráclito, está también latente a lo largo de «El río que nos lleva», no sólo en su título sino en el contenido. «Puedo venir mañana y pasado... Pero luego... El río se nos lleva a los gancheros», dice un joven ganchero a su amante en el fervor de su primer amor. Las canciones de fondo, también hablan